

parte, asesinado al año siguiente Alejandro II de Rusia, por los nihilistas, heredó la corona de los Czares su hijo Alejandro III. Casado el nuevo emperador con una princesa de Dinamarca, hija de Cristiano IX, que ejercía gran influencia sobre él, y perteneciendo de corazón, al decir de las gentes, al partido nacional ruso, pasaba por tener viva aversión á Alemania. De manera que, por aquellos días, la posibilidad de un acuerdo anglo-franco-ruso distaba mucho de parecer una quimera.

Acabamos de mencionar á los nihilistas, y ocasión es esta de decir cómo había nacido y se había propagado esta secta, ó partido, y cuál era la situación interior de Rusia cuando Alejandro II caía destrozado por los cascotes de una bomba en las calles de San Petersburgo.

Las reformas realizadas por Alejandro II suponían la transformación de las costumbres, la elevación instantánea de la cultura rusa; mas, como no era posible que estos efectos se produjesen de golpe, muchos espíritus no tardaron en ser presa de la desilusión y el desengaño. La abolición de la servidumbre no mejoró por de pronto la condición de los campesinos, abrumados por el pago de las indemnizaciones de rescate. Los nobles, á su vez, después de vivir algunos años en la opulencia, merced á la liquidación, que apresuraron, de dichas indemnizaciones, empezaron á sentir duramente las consecuencias económicas de la supresión de la servidumbre. La mano de obra, antes gratuita, fué escasa y costosa; reducidos los dominios señoriales, su renta disminuyó; la hipoteca cebóse en las propiedades, y el malestar de la agricultura, agravándose de año en año, anunciaba la crisis general, que estalló con carácter muy agudo en mil ochocientos ochenta. De igual modo, la reforma administrativa resultó incompleta, y desde mil ochocientos sesenta y seis, fecha del atentado de Karakozof, se adoptaron numerosas medidas excepcionales, que restringieron considerablemente los beneficios de las nuevas instituciones. Aun donde éstas funcionaban sin trabas, pudo verse que toda reforma administrativa, no acompañada de un progreso correlativo en las costumbres, defrauda en la práctica las esperanzas de sus autores. Apenas creados, los *zemstva*, ó consejos provinciales, contamináronse con los vicios de la administración precedente y, á poco, la opinión escandalizada denunció más de un caso de concusión y de peculado.

Las clases instruidas, que habían acogido con entusiasmo las reformas, desconfiaron del gobierno y de los medios que empleara para obtener tan pobres resultados. A esta desconfianza agregóse el enojo que causaron los primeros ensayos de reacción, y hacia mil ochocientos setenta, era general el convencimiento de que nada debía esperarse de la iniciativa gubernamental, considerándose al Czar y á sus funcionarios incapaces de regenerarse á sí propios y juzgando que era menester buscar fuera de ellos, y probablemente contra ellos, agentes de progreso más enérgicos. Ahora bien; muy anteriormente á mil ochocientos setenta, muchos jóvenes rusos habían recibido la influencia de las

doctrinas más avanzadas esparcidas en el occidente de Europa. Obligados á emigrar de su patria, por razón de las ideas liberales que profesaban, los Herzen, los Bakunine y otros se convirtieron en el destierro en revolucionarios socialistas y anarquistas: en la misma Rusia, los Tchernychevski, los Dobroliubof, burlando á fuerza de precauciones los rigores de la censura, se habían erigido en campeones del radicalismo. Así se formó la generación de jóvenes que Turguenieff bautizó con el nombre de *nihilistas*. «El primitivo nihilismo, dice el exteniente Krawchinski, autor de la *Rusia subterránea*, no fué sino un movimiento filosófico y literario, que floreció en Rusia entre los años mil ochocientos sesenta y mil ochocientos setenta, al principio de la abolición de la servidumbre. Este movimiento se extinguió por completo, quedando de él sólo algunos vestigios, que fueron desapareciendo rápidamente; pero atendida la vida agitada de los últimos años en Rusia, un decenio puede equipararse á un período de treinta á cincuenta años. El nihilismo fué la lucha por la emancipación intelectual de toda clase de dependencia, y siguió el mismo paso que los esfuerzos para libertar de la servidumbre á las clases obreras. La idea fundamental del nihilismo propiamente dicho fue un individualismo absoluto; fué la negación, á nombre de la libertad individual, de todos los deberes que imponen al individuo la sociedad, la familia y la religión; fué la rebelión apasionada y potente no ya contra el despotismo político, sino contra el despotismo moral que pesa sobre la vida privada del individuo. No obstante, hay que confesar que nuestros predecesores se arrojaron á estas luchas con el mismo espíritu y el mismo fanatismo que distinguen al movimiento actual».

El origen del nombre de nihilistas es, á lo que se cuenta, muy curioso. Viajando en mil ochocientos sesenta por la isla de Wight, Turguenieff tropezó con un joven médico ruso llamado Andrejef, recién salido de la universidad de San Petersburgo. El joven, hoy muerto, profesaba la teoría de la negación absoluta. Con esa intuición propia del verdadero ingenio, Turguenieff comprendió que tenía delante no sólo un fenómeno individual, sino un tipo, un representante de alguna extraña escuela propagada entre la juventud. Estudiando más detenidamente el asunto, convenciéndose de que estaba en lo cierto, y entonces concibió y escribió su célebre novela *Padres é hijos*, en que se emplean por primera vez las palabras *nihilista* y *nihilismo*. Hé aquí la escena de la novela que se considera como el acta de nacimiento de este último.

En Basaroff, hijo, y Arcadio, personifica Turguenieff á la nueva generación: en Basaroff, padre, Nicolás Korsanoff, padre de Arcadio, y Pablo Kirsanoff, hermano de Nicolás, las ideas y tendencias de las viejas. Nicolás, Pablo y Arcadio conversan: Pablo está cenando.

«—¿Qué es el señor Basaroff, hijo?, preguntó Pablo con lentitud. Arcadio se sonríe.—¿Quiere usted que le diga lo que es *en el fondo*?—Hazme ese favor, querido sobrino.—Es un nihilista.—¿Qué es eso?, exclamó el padre. En cuanto á Pablo, alzó el cuchillo, en

cuya punta llevaba un poco de manteca, y permaneció inmóvil.—Es un nihilista, repitió Arcadio.—Un nihilista, dijo Kirsanoff. Esa palabra debe derivarse de la latina *nihil*, nada, á lo que puedo juzgar, y significa, de consiguiente, un hombre que.... que no quiere reconocer cosa alguna.—O más bien, que no respeta ninguna, agregó Pablo, extendiendo la manteca en el pan.—Un hombre que considera todas las cosas desde un punto de vista crítico, replicó Arcadio.—¿No es acaso lo mismo?, observó el tío.—Nada de eso: un nihilista es un hombre que no se inclina ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio sin examen, por grande que sea el crédito de quien lo sustente.—¿Y crees que eso es bueno?, repuso Pablo.—Según, querido tío: hay personas que lo reputan bueno; otras, por el contrario, lo juzgan bastante malo.—Perfectamente, veo que no nos entendemos. Las personas del tiempo antiguo, como yo, pensamos que es absolutamente indispensable admitir ciertos principios sin examen, para servirme de tu expresión. Dios tenía para nosotros el grado y el saludo de general, señores.... ¿cómo dijiste?—Ni-hi-listas, contestó Arcadio, acentuando fuertemente cada sílaba.—Sí, antes eran los hegelianos; ahora son los nihilistas. Veremos de qué manera os las arregláis para existir en la nada, en el vacío, como en una máquina neumática.»

Las figuras del padre y del tío de Arcadio están trazadas con gran cariño, tanto en la cordedad de sus opiniones como en la nobleza de sus sentimientos y en la bondad de su corazón, cuyas cualidades, por supuesto, sólo excitan una sonrisa de desprecio en los hijos. Basaroff dice á Arcadio:—«Tu padre es un buen hombre, pero su sitio está en un desván; no se le puede oír. Anteayer estaba leyendo á Puchkine. Hazle comprender que eso no es propio de él; no es ya un niño; ya es hora de arrojar esos libros á un rincón. ¡Qué afición á lo novelesco! Hazle leer un libro racional.—¿Cuál podría dársele?—Me parece bien comenzar por el de Büchner, *Fuerza y materia*.—He pensado lo mismo; esa obra está escrita en lenguaje popular.»

Dicho y hecho. Apenas vuelve á encontrar el hijo al padre leyendo una obra de Puchkine, se la arrebató de las manos y le entrega otra, que resulta ser la novena edición del libro de Büchner. Esto origina otra discusión entre los *padres* y los *hijos*.—«No os comprendo, dice Pablo. Insultáis al pueblo ruso. No concibo cómo es posible vivir sin admitir algunos principios. ¿Qué es lo que os guía en esta vida?—Ya le he dicho á usted, contesta Arcadio, que no reconocemos ninguna autoridad.—Nos guía, añade Basaroff, lo que nos parece útil; por ahora nos parece útil negarlo todo y así lo hacemos.—¿Todo?—Todo.—¿Cómo! No solamente la poesía y el arte, sino también.... no me atrevo á decirlo....—Todo, repitió Basaroff con la mayor tranquilidad. Pablo miró á su interlocutor estupefacto, y Arcadio se sonrojó de alegría.—Permitid que os diga, volvió á observar Pablo, que, al negarlo todo, lo destruíis todo; pero es preciso también reconstruir.—En eso no nos metemos. Por de pronto, hay que despejar el camino.—No, no, exclama Pablo,

acalorándose súbitamente. No quiero creer que vuestra opinión acerca del pueblo ruso sea exacta. No; el pueblo ruso no es lo que vosotros creéis. Tiene sagrado respeto á la tradición; es patriarcal y no puede vivir sin fé. ¿Acaso creéis que vuestras opiniones son nuevas? En tal caso estáis equivocados. El materialismo que predicáis ha estado de moda más de una vez, y siempre ha resultado imposible....—Eso de materialismo es una palabra extranjera, le interrumpió Basaroff; además, debo decir á usted que no tenemos la costumbre de predicar.—¿Pues qué hacéis?—Se lo diré á usted. Hemos empezado por llamar la atención acerca de la venalidad de los funcionarios, de la falta de comunicaciones, de comercio y de industria, y del estado lamentable de nuestra administración de justicia.—Sí, sí, sois acusadores; este es el nombre que se os ha dado. Muchas de vuestras acusaciones son justas, pero... —Luego vimos que no nos bastaba charlar de los males que nos aquejaban, pues esto sólo conduce á caer en la vulgaridad y el doctrinarismo; vimos que hasta personas inteligentes, como los llamados hombres del progreso y los acusadores, no sirven para nada; vimos que nos ocupamos en tratar de necedades, por ejemplo, del arte por el arte, de la fuerza creadora inconsciente, del parlamentarismo, de la abogacía libre y de otras puerilidades semejantes, mientras tenemos que trabajar para ganar el pan diario, mientras la superstición más crasa nos ahoga, mientras sociedades industriales quiebran.... casi siempre por falta de gente honrada, que es lo peor, mientras la misma abolición de la servidumbre, de la cual se cuida el gobierno con tanto afán, acaso no nos traiga nada nuevo, porque nuestros labradores se bastan ellos solos para robarse á sí mismos y para beber en la taberna el veneno, el aguardiente.—Todo eso está muy bien, dijo Pablo; todo eso habéis descubierto, y, sin embargo, no estáis dispuestos á emprender nada formal.—No estamos resueltos á emprender nada formal, repitió Basaroff frunciendo el ceño, como arrepentido de haber hablado tanto delante de aquel aristócrata.—Y os limitáis á prorrumpir en denuestos.—Sí, nos limitamos á prorrumpir en denuestos.—¿Y eso se llama nihilismo!—Eso se llama nihilismo, volvió á repetir Basaroff; mas esta vez su tono era amenazador.

Basaroff no expone sistemáticamente sus principios, limitándose á darlos á conocer en forma de máximas breves en el curso de la novela. «Un buen químico, dice, es veinte veces más útil que el mejor poeta». A quien le habla de arte, le contesta que estima únicamente «el arte de ganar dinero y el de curar radicalmente los callos. «No admite la ciencia en su sentido general. A su juicio, «hay ciencias como hay oficios, como hay profesiones; no hay ciencia en el sentido que se da á esta palabra.» No aprecia á sus compatriotas, creyendo, con el proverbio de su país, que el campesino ruso es una bestia de carga. «El solo mérito de los rusos consiste en tener pésima opinión de sí mismos.» «La naturaleza, afirma en otro lugar, no es un templo, sino un laboratorio; el hombre es un operario.» «Aristocracia, liberalismo, progreso, exclama. ¡Cuántas palabras extrañas á nuestra

lengua y perfectamente inútiles! El verdadero ruso no debería aprender nada de eso.» Le preguntan si piensa que, una vez reformada la sociedad, no habrá ya buenos ni malos, y responde: «Á no dudar, cuando la sociedad se organice bien, será exactamente lo mismo ser ignorante ó instruido, bueno ó malo.» Hé aquí otras afirmaciones suyas: «No hay principios. Hay solamente sensaciones. Todo depende de las sensaciones. Si mi espíritu se inclina á la duda, á la contradicción, esto depende de mis sensaciones; me es grato negar; mi cerebro está organizado de esa manera; á eso se reduce todo.» «Tanto más vale un individuo, cuanto mayores son las calumnias de que es objeto.»

Hacia mil ochocientos sesenta y tres y mil ochocientos sesenta y cuatro, se operó una transformación importante en el sentido del nihilismo. No negaba éste á nadie, al principio, el derecho de querer y preparar la revolución general; mas sí negaba el deber de hacer la revolución. Para la obra de destrucción y reconstrucción, era preciso tener fe en la posibilidad de una mejora, y los nihilistas no tenían fe en nada: era menester someterse á la voluntad general del pueblo, y los nihilistas proclamaban el principio de la absoluta independencia personal. El nihilismo antiguo era, como hemos dicho, el individualismo, y así se ve en el destino final de los nihilistas en la novela de Turguenieff. Los dos jóvenes se enamoraron, uno con fortuna y otro sin ella: el primero se casa y vive feliz, después de abjurar sus errores juveniles; el otro muere de un envenamiento de la sangre, no habiendo prestado á la nueva Rusia ningún servicio positivo y diciendo que su misión consiste en morir con decencia, aunque esto á nadie interese. Tal desenlace fué, probablemente, lo que concitó contra el poeta las iras de la joven generación cuando los nihilistas pasaron de la palabra á la obra, del individualismo al socialismo. Este cambio se verificó bajo la influencia de Fernando Lasalle, en la época del movimiento obrero, siendo alentado por el ejemplo de la Internacional. Posteriormente, los sucesos de la *Commune* de París, explicados por dos fanáticos, el anciano Miguel Bakunine y el joven Lawroff, director de la hoja *Adelante*, dieron forma más precisa á las confusas ideas de los nihilistas rusos. «No en vano, debía escribir Lawroff ulteriormente, hemos visto desarrollarse esa tragedia». El primer centro de la prensa socialista revolucionaria de los rusos fué Ginebra; pero las nuevas doctrinas recibieron su principal impulso en la universidad de Zurich, á donde el imperio moscovita envió grandes bandadas de estudiantes de ambos sexos.

La lucha por la emancipación de la mujer, dice un autor ya citado, se había confundido con el derecho á la instrucción, y como en Rusia no había colegios ni universidades que admitieran estudiantes del bello sexo, las rusas tuvieron que buscar en lejanos países el saber que no hallaban en su patria. De las llanuras del Volga, de las montañas del Cáucaso y de la remota Siberia, dirigiéronse á la libre Suiza, que no cierra á nadie sus fronteras ni sus universidades, multitud de muchachas, provistas de escasos medios de

vida y anhelantes de asegurar su independencia mediante la instrucción: la ciudad de Zurich, especialmente, era la Jerusalén de aquella extraña peregrinación. Surgió entonces una nueva diferencia entre el nihilismo primitivo y el socialismo actual. ¿Qué significan, se preguntaron aquellas jóvenes, la instrucción y el saber sino un medio de alcanzar posición más ventajosa entre las clases privilegiadas, á las cuales ya pertenecemos? ¿Quién, fuera de nosotras, sacará provecho alguno de la ciencia que adquiramos? Y en tal caso: ¿en qué nos distinguiremos del enjambre de vampiros, que viven del sudor y de las lágrimas de nuestros infelices aldeanos? Razonando de este modo, abandonaron las jóvenes rusas el estudio de la medicina, asistieron á las sesiones de la Internacional y se dedicaron á leer con ardor las obras de Proudhon, de Bakunine, de Lasalle, de Marx y de los restantes fundadores del socialismo europeo. Zurich se convirtió en poco tiempo en foco inmenso de propaganda socialista. Su fama cundió por toda Rusia y atrajo centenares de visitantes de ambos sexos, hasta que el gobierno de San Petersburgo, lleno de temor y alarma, publicó el vergonzoso ukase de mil ochocientos setenta y tres, en que ordenaba á todos los rusos, so pena de expatriación, que abandonasen inmediatamente la ciudad contaminada. Los jóvenes rusos, que estaban en Zurich, forjaron planes más ó menos vagos de regresar á su país y de hacer allí propaganda á favor de la Internacional. El resultado del ukase fué que, en lugar de volver á su patria uno á uno, en el transcurso de años, los adeptos del socialismo y de la Internacional se presentaron todos á la vez. En Moscou, en San Petersburgo, en Kieff, en Kharkoff, encontraron sociedades de correligionarios, que les dieron calurosamente la bienvenida. Chakasky había preguntado recientemente en una novela famosa: «¿Qué debemos hacer?»—«Fraternizar con el pueblo», contestaron los ardientes jóvenes, repitiendo la frase de Bakunine. Pusieron por obra su resolución y *fueron al pueblo*, para quebrantar su fé tradicional en Dios y en el Czar é inculcarle la idea de su abyección y la posibilidad de regenerarse. «Nuestro propósito, declaró más adelante Sofia Bardine ante el tribunal de Moscou, ha sido hacer penetrar en la conciencia del pueblo el ideal de una organización mejor, más conforme á la justicia, despertar el ideal aun vago que duerme en el fondo de su alma, señalarle los vicios de la organización actual, á fin de prevenir la recaída en los mismos errores.....»

El número de misioneros que *fueron al pueblo*, desde mil ochocientos setenta y dos á mil ochocientos setenta y ocho, pueden calcularse en dos ó tres mil, entre los de uno y otro sexo, todos pertenecientes á la categoría de los *intelectuales*, la mayor parte á la nobleza, algunos al proletariado de los institutos y las universidades: entre esos misioneros, aristócratas de nacimiento, como Sofia Perawskaia, la nieta del jefe de la primera expedición contra Jiva, se codean con hijos de campesinos, que, por casualidad, han podido instruirse y salir de su humilde condición, como, por ejemplo, Jeliabof, cuyo nombre sue-